

disposicion de abrir su casa; pero todos se dispusieron á asistir, por tres razones.

Primera : porque era una fiesta.

Segunda : porque era una fiesta que daba la Marquesa.

Tercera : porque en la fiesta sería fácil encontrar la explicacion del enigma.

Los dos problemas quedaron en pié, tenaces é insolubles, como la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la direccion de los globos, esperando la solucion satisfactoria.

---

---

## CAPÍTULO II.

La luna de miel.

Tiene el año su primavera, el dia su aurora, la vida su infancia; del mismo modo el amor tiene su primavera, su aurora y su infancia, y esa infancia, y esa aurora, y esa primavera es lo que en rigor debe llamarse la luna de miel.

Esta luna de miel es fugitiva ó eterna, ó dura poco ó dura siempre; y lo primero es lo usual, lo admitido, lo que en todas partes pasa como moneda corriente; lo segundo es muy raro, sumamente raro; á lo ménos se ve poco.

La luna de miel es la realizacion de cuantas ilusiones ha forjado el alma, movida por el afan de los sentimientos y por la inquietud de los deseos; es soñar sin dormir, es



dormir despierto, es vivir en ese paraíso que solemos llevar en el corazón, desde el cual se ve el mundo exterior, el mundo que nos rodea como una perspectiva lejana, como desde la claridad del cielo deben verse las sombras de la tierra.

La primera dulzura que ofrece la luna de miel es la persuasión de que tanta felicidad no va á tener fin.....

Miguel habia trasladado por completo su domicilio á la casa del Duque, y debia ser tal el cúmulo de negocios que lo asediaba, que no salia de ella, donde pasaba las horas muertas encerrado en su despacho; en aquel despacho que ya conocemos, contiguo á la biblioteca.

Allí nadie le molestaba, sirviéndole la oscuridad de su nombre de salvaguardia contra las impertinencias que acarrea la celebridad; no tenía amigos ni admiradores, nadie se disputaba su amistad ni su trato, ni sus visitas ni sus saludos, y aunque no fuera esto motivo de satisfaccion, tenía á lo ménos la ventaja de que lo dejaban vivir tranquilo.

No obstante, habia desaparecido del palacio en *comandita*, donde lo vimos jugar por primera vez con tan mala fortuna, que perdió, como ya sabemos, cuatro mil duros que entónces no tenía, y que merced al vivo interés que inspiró su suerte á A. Gil y Agudo, pudo, como un caballero, pagar á la noche siguiente, con alguna admiracion de los circunstantes y no poca honra suya.

Pero ya se ve, habia realizado en las noches sucesivas grandes ganancias, llevándose el dinero de todos, faltándole manos para recoger tantos billetes y tantas monedas como la loca fortuna le ponía delante al volver de cada carta. Ganando jugó con la misma desesperacion con que la noche ántes habia jugado perdiendo. Tan pálido estaba delante de la suerte como lo habia estado delante de la desgracia, y todos vieron en él un jugador de primera fuerza, capaz de perder los ojos, y muy capaz de arruinar á medio mundo, siendo desde aquel momento un *punto* importante al rededor del tapete; así es que su prolongada ausencia causó mal efecto.

Habia ganado y no volvía..... esto no era



lo admitido, porque hay entre los jugadores cierta obligacion moral, cierto convenio tácito, que impone al que gana el deber de jugar lo que ha ganado.

No era, pues, delicada la conducta de Miguel á los ojos de los jugadores, sobre todo de aquellos á quienes habia limpiado los bolsillos, porque decian, y con razon, que les debia el desquite; ellos se consideraban, y esto no tiene nada de particular, con algun derecho todavía al dinero que Miguel les habia ganado, porque si indudablemente habia podido llevárselo, era en último resultado con cierta obligacion de perderlo.

Enhorabuena que aquel que todo lo pierde no vuelva, cosa difícil; mas al fin es cuenta suya; pero el que gana parece que está obligado á dar una satisfaccion de su fortuna—como si la fortuna fuera un ultraje, ó más bien, como si hubiera en las ganancias del juego algo parecido al robo.—Desde luego se puede decir que es tomar lo ajeno contra la manifiesta voluntad de su dueño; es verdad que esto es exponiendo lo propio, pero tambien los ladrones en cuadri-

lla exponen su vida en las encrucijadas de los caminos; y la vida, aunque sea de un facineroso, vale mucho dinero.

Ello es que Miguel, despues de pagar, si no honrada, á lo ménos honrosamente, su deuda, y despues de desquitarse de su mala fortuna con una fortuna inaudita, debió volver á dar cuenta de su persona, esto es, de sus ganancias.

Mas semejantes quejas no pasaron los límites de la sala de juego; se murmuró á prorata; cada uno puso su parte de descontento proporcional á la suma que habia perdido, y la cosa no pasó adelante, dejándolo tranquilamente entregado á las urgentes ocupaciones que le ocasionaba su secretaría.

Muchos al principio creyeron que *habia caido un primo*, y luego les dió el naípe por pensar que se habian encontrado con un *pillito*, y pensaban así injustamente, ignorando que acaso por primera vez el amor podia más que el juego, pues sabian por experiencia que no hay mujer en el mundo que en el corazon de ciertos hombres equivalga, por ejemplo, á la sota de bastos. Los más filóso-



fos no llegaban tan léjos, quedándose en esta sencilla consideracion.

Ellos decian : perderse á la vuelta de una carta ó á la vuelta de una esquina, ¿qué más da?

Es preciso tener en cuenta que la palabra *pillo* tiene, si no dos sentidos, por lo ménos dos aplicaciones : una con la cual se injuria, otra con la cual se alaba; por una parte, *pillo* es el hombre degradado capaz de cualquier infamia, y por otra, *pillo* es el hombre listo que sabe dónde le aprieta el zapato, que no se mama el dedo y que no se deja engañar fácilmente.

En esta acepcion se aplicó á Miguel la palabra *pillo* en la sala de juego; denominacion envidiable para alcanzar la consideracion de las gentes, y en el presente caso injusta, porque nuestro pobre héroe ni áun en tal sentido la merecia.

Pero es lo cierto que el amor pudo en él más que el juego, y la Marquesa más que cualquiera de las cuatro sotas de la baraja. No sé si semejante triunfo halagaria su vanidad de mujer, porque estas preciosas cria-

turas que se llaman mujeres suelen tener muy tristes vanidades.

De todas maneras era dejar un juego por otro, y solo Dios sabe en cuál hubiera perdido ménos.

El amor, digo, lo tenía sujeto en casa del Duque, sin pensar en nada, sin acordarse siquiera de Magdalena, pues si alguna vez acudia este recuerdo á su memoria como acude el pájaro á su nido, lo espantaba diciendo :

— Pobre muchacha; ya no se acordará ni del santo de mi nombre.

Sin duda alguna buscaba en el presunto olvido de Magdalena una disculpa al suyo. Mas, ¿por qué este hombre, tan pronto para creer en la inconstancia de Magdalena, creia firmemente en el amor de la Marquesa? Porque tal es el corazon humano.

El amor, vuelvo á decir, lo tenía preso, enjaulado, por el deslumbramiento de los sentidos. Un amor con un jardin por medio..... jardin solitario, con bosques, con fuentes, con flores y con estatuas, con un pabellon pequeño como un nido, donde los



vivos matices de las alfombras competían con los matices de las flores, donde las acordadas notas del piano respondían al canto de los pájaros, donde el murmullo de una dulce conversacion iría á perderse con el murmullo de las fuentes y los suspiros del aire.

Y en el fondo de este paraíso una mujer sentada á la sombra de un árbol en lo más escondido del bosque, ó abandonada voluptuosamente á los cómodos brazos de una butaca, cuyos muelles ocultos bajo el terciopelo tiemblan conmovidos, ó inclinada sobre el piano haciendo exhalar á las teclas todos los acentos de la pasión, ó arrancando de su pecho notas de alegría y de tristeza, de amor y de celos; una mujer..... ¿á qué describirla?..... una mujer como la Marquesa.

Vamos, cualquiera hubiera caído en el lazo de este amor novelesco, fantástico, lleno de confianza y de misterio. La vanidad podía muy bien decirle al corazón: «¿Qué más quieres?»..... ¿No se podía hacer una comparación victoriosa entre este cuadro y el cuadro de la ventana de Magdalena?

Es verdad que había creído encontrar la imagen de la mujer soñada en el rostro apacible y risueño de la vecina del cuarto cuarto; pero también lo es que se encontraba de manos á boca con un amor que jamás hubiera podido ni soñar siquiera, y váyase lo uno por lo otro.

Al día siguiente de la noche en que imitando á Matusalem lo dejamos tranquilamente en el comedor de la Marquesa, Miguel se presentó muy temprano en casa del Duque, y allí supo el viaje repentino de éste, sin poder averiguar con certeza el punto adonde se había dirigido, porque los criados lo ignoraban.

—¿Quién es ella?..... preguntó sonriéndose.

Los criados se sonrieron también, encogiéndose de hombros, y no hubo ni más preguntas ni más respuestas.

Desde la ventana de su despacho registró con los ojos el jardín, creyendo ver á cada instante una sombra que se perdía debajo de los árboles ó que pasaba como un relámpago por el lejano extremo de la calle que alcanzaba su vista.



Cansado de mirar y no ver, aplicó el oído y le parecía que de vez en cuando sonaba un suspiro más próximo ó más lejano, ya hacía la derecha, ya hacía la izquierda, y hubo momentos en que hubiera jurado que algo tan suave como la seda se arrastraba por la arena amarilla que cubria las calles del jardín; pero el ruido se desvanecía para dejar paso al murmullo de las fuentes y al cuchicheo de las hojas movidas por el viento.

Quiso escribir y no pudo, porque no encontraba la primera palabra; quiso leer y cogió un libro, el primero que halló á la mano, y lo abrió por donde el mismo libro quiso abrirse, y leyó algunas páginas sin enterarse de lo que leía; dejó el libro y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación con las manos en los bolsillos como un preso ó como un loco, ó como un genio que meditara una obra maestra ó un golpe supremo.

Pasaba por encima de los dibujos de la alfombra tan meditabundo y tan cabizbajo como nos pintan á Napoleon pasando los Alpes.

De esta manera pasó la mañana. A la tarde se colocó de nuevo detras del cristal de su observatorio, esperando algun indicio que le advirtiese la aparición ó la proximidad del astro que iluminaba con luz vivísima al horizonte de sus deseos; mas poco profundo en el estudio de esta astronomía, ignoraba las caprichosas irregularidades de la órbita en que hacia su revolucion el luminoso planeta que sus ojos buscaban en el cielo del jardín.

El pabellon era sin duda alguna el oriente por donde debian aparecer los primeros resplandores de tan deseada aurora, pero el pabellon permanecia mudo y solitario, medio oculto entre la sombra de los árboles, insensibles é indiferentes á las impacencias de nuestro héroe, que detras del cristal todo era ojos y todo era oídos.

Ya empezaba el sol á hundirse en las primeras brumas de la tarde, iluminando con rojo esplendor las veletas de las torres y las copas más altas de los árboles, y aún no habia amanecido para Miguel.

Nunca habia tenido que esperar tanto tiempo á Magdalena, porque la inocente



niña era una estrella fija; mas la Marquesa era otra especie de astro; sabía oscurecerse, porque sabía brillar, y semejante á los cometas de rumbo desconocido, hacia sus apariciones más asombrosas, por lo mismo que eran imprevistas.

Poseía la táctica de las retiradas victoriosas, ponía la miel en los labios y retiraba el vaso. Como los Partos, combatía huyendo. Sabía que la fuerza de la mujer consiste en su debilidad, y se mostraba débil para ser más fuerte, y no se le ocultaba que no hay á nuestros ojos encanto más irresistible que aquel que se nos escapa de las manos.

Había recogido del mundo brillante en que vivía nociones seguras del arte de agradar, y daba el amor, no como una ofrenda, sino como un cebo.

Miguel esperaba lanzando las miradas al traves de los cristales, cuando le pareció ver algo como una falda que flota entre el espeso ramaje de los árboles, y sin detenerse en más averiguaciones, pasó á la habitacion inmediata, abrió la puerta que daba al jardin, y tomó la calle que conducía al sitio donde

había visto aquello, que era indudablemente la onda fugitiva del vestido de una mujer.

No quería ir, sino aparecer; no quería que sus pasos lo anunciáran, y marchaba ocultándose, saboreando el placer de la sorpresa que iba á causar con su presencia. Llevaba también el ánimo de detenerse en el momento crítico, y contemplar, aunque no fuera más que un instante, los bellos contornos de aquella mujer encantadora.

Iba, pues, con paso cauto y por los caminos más ocultos, y era tal su impaciencia, que llegó á sospechar si le haría traicion la distancia.

Llegó por fin á una calle de árboles que desembocaba en un pequeño bosque, y allí se detuvo y respiró, porque se encontraba á diez pasos del objeto de sus deseos. No la veía, pero estaba allí, porque llegaba á sus oídos el soplo de su respiración.

Debía estar sentada en uno de los cuatro bancos de piedra que formaban allí una especie de *cenador*, dando la espalda á la calle de árboles en que Miguel se encontraba.

El que haya probado la delicia de estas

338.41

UNIVERSIDAD DE BUNO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



dulces sorpresas y las vivas emociones de estos tiernos espionajes, comprenderá cómo latiría el corazón de nuestro héroe en tan suspirado momento, después de esperar tantas horas, horas que la impaciencia había hecho eternas.

Buscó la posición más conveniente y echó una ojeada, que llegó sin obstáculo que lo impidiera al punto á que iba dirigida. Pero ¡oh crueldad de las cosas! no era Luisa, era Marta; no era la Marquesa, era la jardinera; esto es, todo lo contrario de lo que él buscaba, porque si Luisa era la reunión de todos los encantos, Marta era la ausencia de todos los atractivos.

Retrocedió consolándose con una reflexión no muy fuerte, pero, en fin, admisible, puesto que no había otra de que echar mano.

Él decía:

—Quizá por huir del molesto espionaje de la jardinera no ha querido bajar al pabellón esta tarde.

Dió un largo rodeo dirigiéndose á la calle de las estufas, y se entretuvo contemplando aquellas pobres flores encerradas entre cris-

tales, de colores macilentos y de apagados perfumes, tendiendo sus hojas en busca de un rayo de sol, de un soplo de aire y de una gota de agua, que no encontraba en la atmósfera húmeda y caliente en que vivían muriendo.

Parecían flores enfermas.

Tiene la imaginación una fuerza particular de asimilación, por medio de la que pone en perfecta consonancia los objetos que rodean al hombre con el pensamiento que la domina; por eso la alegría todo lo alegra y la tristeza todo lo entristece, como si el mundo exterior no fuera más que un eco, un reflejo, una especie de *facsimile* del mundo que cada uno lleva en su alma.

Miguel asoció al desaliento que empezaba á sentir el desmayo de aquellas plantas inmóviles, sin aire, sin sol y sin lluvia, sin pájaros y sin mariposas, que suspiraban silenciosamente por una naturaleza que les habían robado; uniendo á ellas su corazón poseído de dulce melancolía, de esa tristeza que se apodera del alma alejada del amor con que sueña.



No se sabe por qué misterio ignorado hasta la fecha por la psicología, más de una vez surgió en el fondo de su pensamiento la imagen de Magdalena, como las últimas sombras de una hermosa noche que se desvanece ante los ricos esplendores de un día de verano.

Siguiendo la línea de la estufa que ocupaba todo el extremo del jardín, como si la mano del hombre quisiera señalar los límites de la naturaleza, llegó al pié de la escalinata de mármol que daba subida al pabellon.

Allí se detuvo advirtiéndole con alegría que la puerta se hallaba entornada; es decir, entreabierta.

Las puertas sirven para dos cosas enteramente contrarias: para entrar y para salir; y sirven del mismo modo para impedir que se éntre y para impedir que se salga, segun las puertas se cierran ó se abren; una puerta entornada parece que dice: ha salido; ó por el contrario, va á entrar. Por consiguiente, Miguel se quedó suspenso sin saber qué decidir entre estas dos suposiciones: te busca ó te espera.

Las dos veces que habia entrado en el pabellon habia sido por la ventana, y ahora que se encontraba la puerta abierta, más aún, entornada, no se atrevia á entrar, parecia mentira, temeroso de ser indiscreto.

Recorrió el jardín, y al cabo de una hora volvió á encontrarse en el punto de partida; esto es, delante de la puerta del pabellon; y entónces decidiéndose subió la escalera y entró tímidamente como quien no está seguro de lo que hace.

Pronto pudo convencerse de que el pabellon estaba tan solo como el jardín. Besó las teclas del piano donde la Marquesa sabia poner tan hábilmente sus dedos sonrosados, arrojó sobre su retrato una mirada llena de envidia, y se retiró meditabundo, casi celoso de sí mismo.

Aquella noche subió á casa de la Marquesa, porque le habia acometido la sospecha de que pudiera estar en cama, víctima..... pobrecilla, de alguna indisposicion repentina. La noche ántes la habia dejado bastante nerviosa.

Subió, pues, al cuarto de la Marquesa, lle-

iii.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
INDO 1625 MONTERREY, MEXICO



no de temor y lleno de confianza. Se pusieron de pié los criados al verlo entrar en el recibimiento, con la doble actitud del que rinde un homenaje y va á cumplir una consigna.

—¿La señora Marquesa?..... preguntó.

—La señora Marquesa, le contestó un criado inclinándose, no recibe.

—Acaso está enferma, exclamó Miguel.

Los criados por toda respuesta se encogieron de hombros, y Miguel se retiró dejando una tarjeta, y decidido á pasar la noche en la casa del Duque, donde, como ya sabemos, tenía dispuestas sus habitaciones.

La cama era magnífica; nunca habia dormido en otra que se le igualára; era una de esas camas donde parece que nos esperan los más dulces y profundos sueños, y en las que suelen tambien pasarse las noches en inquietas vigiliás y en horrorosos insomnios, porque el sueño no está en la cama, sino en el alma.

Mas sea de esto lo que quiera, Miguel se acostó tarde y durmió poco; su dicha empezaba con cierta crueldad, porque las feli-

cidades que nos quitan el sueño más se parecen al dolor que al placer.

La noche del dia en que por primera vez vió á Magdalena, soñó todo lo que quiso, porque durmió á pierna suelta; pero la noche del dia en que habia visto por segunda vez á la Marquesa, no pudo soñar nada, porque durmió apénas.

Si me es permitido recurrir á la farmacia para explicar estos diversos síntomas de una misma enfermedad, diré que el amor de Magdalena habia obrado en el alma de Miguel como un bálsamo, y el de la Marquesa obraba como un cáustico.

Al descender de las alturas de su cuarto á las suntuosas habitaciones de la casa del Duque, parecia que habia bajado del cielo á la tierra, dejando la compañía de un ángel por la presencia de una mujer, la dicha por el deleite, el dulce calor del alma por el fuego arrebatado de los sentidos.

Hubo momentos en que percibiendo confusamente esta diferencia y pensando en Magdalena, se envidió á sí mismo é intentó retroceder, creyendo que despues de haber



caído podría fácilmente volver á levantarse.

No advertía que en su propósito se encerraba más bien que un arrepentimiento una venganza, y acaso movido por la impetuosidad de su carácter, y más bien de los celos de su amor propio, hubiera puesto en planta su resolución si al decidirse á ella no hubieran llegado á sus oídos las notas del piano, que parecían llamarle.

Allí acabó toda su energía, se estremeció de piés á cabeza, y se lanzó al jardín atraído como el pájaro por el reclamo.

Cuando llegó al pabellon se encontró, como el día ántes, la puerta entornada, pero dentro no había nadie, y sólo encontró un papel encima de las teclas del piano; la música era el reclamo, el pabellon el lazo, y el papel el cebo.

El papel, encerrado en un sobre, contenía la siguiente pregunta:

«¿Hay alguna mujer más feliz que yo?»

La respuesta, colocada en el mismo lugar en que había sido hallada la pregunta, decía:

«Ninguna más digna de serlo.»

Así se entabló una correspondencia íntima y continua que duró algunos días, en los que se hablaban sin verse y se comunicaban sin oirse.

Miguel no se atrevía á pedir el término de esta ausencia, porque veía en ella la reserva, el recato, la timidez, que tanto encanto dan á las mujeres que no han perdido la inocencia ó que fingen conservarla; era el pudor de un amor sorprendido; era la niña que baja los ojos cuando se fijan en ellos miradas que le llegan al corazón. Aquella ausencia tenía para Miguel el encanto que añade á las bellas formas de una estatua el velo que las cubre.

Amanecía con un deseo y se dormía con una esperanza.

Una tarde, al dar su paseo ordinario por el jardín dentro de cuyas paredes se encerraba para él todo el mundo, llegó, como siempre, hasta el pié de la escalera del pabellon. Allí se detuvo un instante, subiendo al fin, y dejando sobre las teclas del piano la vigésima confesión de su amor, el vigésimo juramento de un cariño eterno.